

Una ley de despojo

JAVIER ORTIZ
CASSIANI



PARA NADIE FUE UN SECRETO EL fastidio que generaron los rostros negros chambaculeros, a pocos metros de las murallas, en la Cartagena con pretensiones turísticas de los años 50. En 1971 los sacaron de su territorio, de la tierra donde habían armado sus casas, sus días, donde mataban el hambre y eran felices y tristes, y los mandaron para los márgenes de la ciudad, a los lugares donde Cartagena envía sus despojos.

Libres de la algarazara de los chambaculeros, Chambacú era recorrido por cangrejos y futbolistas de potrero, hasta que en 1993 el constructor Héctor García Romero le entregó al Instituto Nacional de Vivienda de Interés Social y Reforma Urbana (Inurbe) una propuesta sobre el terreno. En mayo de 1993, Luis Alberto Moreno —entonces ministro de Desarrollo— nombró director del Inurbe al mismo Héctor García Romero. Es decir, le dieron la dirección de la entidad a la misma persona que había mostrado interés por el predio y que por buena —o mala— suerte era el primo hermano de Gabriel García Rome-

ro, alcalde de Cartagena en aquellos días. Lo que se ha dicho es que Héctor le propuso a su primo Gabriel que le cambiara la destinación del uso del suelo a Chambacú, que el alcalde así lo hizo y que el Concejo Distrital lo avaló. Dividieron el terreno en dos zonas: una con destinación para un parque y la otra para construcción. La del parque fue cedida por el Inurbe a Cartagena y la otra se vendió dos años más tarde al Consorcio Cartagena de Indias S. A., cuyos socios eran Luis Alberto Moreno —ya mencionado en esta historia—, Fernando Araújo Perdomo —excanciller y padre del senador Fernando Nicolás Araújo—, Alberto Araújo Merlano —el abuelo del senador— y el mismo Héctor García Romero, entre otros. En ese momento ocurrió el segundo despojo de Chambacú: unas 30 familias del sector Papayal, que aún permanecían allí, fueron sacadas con tanquetas de la Policía.

Hace 21 años, el periodista Ignacio Gómez publicó en este mismo medio las relaciones de poder y corrupción entre funcionarios que permitieron la apropiación del predio. La decisión de cambiar la destinación del suelo, la licitación, el asesoramiento al Concejo y el avalúo estuvieron a cargo de quienes finalmente terminaron siendo los compradores de Chambacú. La empresa que avalúo la propiedad era de la familia Araújo.

Algunos chambaculeros, reubicados en barrios periféricos de la ciudad, aún conservan fresco el recuerdo. Manuel Zapata Olivella se encargó de meterle arterias, pulso, tendones, sangre y vida a la memoria de quienes habitaron el Corral de Negros. El año pasado el senador Fernando Nicolás Araújo —hijo y nieto de los dueños del consorcio que compró Chambacú— sacó adelante una ley que tiene un nombre largo y pretencioso; un eufemismo, si se quiere. En breve, propone la creación de un fondo para la superación de la pobreza y la adaptación al cambio climático de Cartagena, es decir: todo. Dicho fondo, según esta ley, sería manejado casi a dedo por una pequeña junta directiva en la que coincidirán públicos y privados. Una gallina de los huevos de oro que manejaría recursos y decisiones de los otros pueblos negros y empobrecidos que le quedan a la ciudad. De los que falta despojar, mandar a una periferia sin paisaje, sin salida al mar, mientras se hacen “negocios” con sus territorios: las faldas de La Popa, la zona insular, los pueblos de la zona norte y las comunidades cercanas a la Ciénaga de la Virgen... La gente que vive allí trata de salvar el día; otros, entre tanto, hacen cálculos de rentabilidad. El mismo sistema que los empobrece luego se enriquece prometiéndoles sacarlos de pobres.

DE LABIOS PARA AFUERA



“El enemigo, que siempre va a ser el mismo, aunque con distintas máscaras: el judío”.

Isabel Peralta, una falangista que salió en España a celebrar a la División Azul, que luchó junto a los nazis en la Segunda Guerra Mundial. En su discurso antisemita, Peralta dijo: “El judío es el culpable. El judío es el culpable y la División Azul luchó por ello”.

A Solina

ADRIANA
COOPER



HAY HISTORIAS INCONCLUSAS, COMO un rompecabezas al que le faltan piezas. El pasado 30 de enero, el alcalde de Medellín, Daniel Quintero, publicó en su cuenta de Twitter varias frases y una imagen de unos documentos: “Así falsificó la Fundación Carla Cristina (junta directiva presidida por el GEA) documentos para engañar a Buen Comienzo y acceder a \$10.000 millones en contratos para alimentación escolar. (El de la izquierda es el original, el de la derecha fue falsificado)”. Con su estilo que no otorga el beneficio de la duda, no ahorra la vergüenza pública y no tiene problema en agregar adjetivos a la reputación de alguien, lanzó estas frases sin que concluyera la investigación respectiva. Por decisión personal y sin consultar a las directivas, una exfuncionaria de esa fundación alteró la fecha de un documento presentado como requisito para la contratación del programa Buen Comienzo

que hace parte de la Alcaldía.

Hay historias inconclusas, como un rompecabezas al que le faltan varias piezas. Esta en particular las necesita, para hacer honor a los maestros que han trabajado en esta fundación desde 1963 y a aquellos que han ayudado a niños olvidados por el Estado; hay que conocer Medellín para saberlo.

Cuenta el relato que Elisa Fernández queda huérfana a los 23 días de nacer. El papá lleva a la niña a la casa de su hermana Leocadia para que le ayude en la crianza. Leocadia tiene una hija de 18 años llamada Solina que a partir de entonces se encarga de su prima huérfana. Los años pasan y Elisa tiene seis hijos, entre ellos una niña llamada Carla Cristina a la que un cáncer dicta sentencia mortal a los tres años. Carla Cristina deja a su mamá con una de esas tristezas que ni siquiera admite palabras. Su madre adoptiva y prima propone: “Vamos a transformar ese dolor en una obra con sentido”. Solina Fernández, esa mujer de elegancia natural y sensibilidad hacia los demás, invita a Elisa a un barrio de pobreza evidente. Aquel día, en las piernas de esa mamá triste llamada Elisa, se sienta una niña que además de atención y cuidado recibe los objetos de Carla Cristina.

La niña que se fue y aquella que llega se convierten en el punto de partida de un jardín infantil en un barrio donde la palabra necesidad es visible: Belén Las Violetas.

Con tablas que se transformaron en mesas, cajones que fueron asientos, 30 estudiantes, una profesora que supo cantar, contar cuentos y querer a los niños, empezó esta fundación. Desde entonces y gracias al aporte de voluntarios conocidos, ha atendido a cientos de miles de niños cada año en situación vulnerable y ha dado más allá de lo básico en una cultura que a veces ha honrado más la autoridad o lo material que el amor. Actualmente, la Fundación Carla Cristina continúa con una investigación interna y publicó una carta en la que confirmó su carácter sin ánimo de lucro y el cumplimiento de estándares y requisitos exigidos en revisorías fiscales a través de las décadas.

Solina: no sabemos bien dónde estás. Tal vez en el aire, en otro mundo o simplemente en el recuerdo de los niños cuidados. La oscuridad es temporal y, aunque algunos decidan esparcirla o acabar a otros en vida con sus palabras y desde el poder de su cargo, una falla humana no es suficiente para acabar una historia de generosidad.

Betto



Firmantes asesinados

EL ESPECTADOR

El Espectador. Editado por Comunican S.A. Calle 103 N° 69B-43 Bogotá, Colombia
Comunador: 4232300 Fax: 4055602
Línea de servicio al cliente Bogotá 4055540
Línea de servicio gratuita nacional 018000510903 Redacción: 4234822
Suscripciones: 4055540 o a la línea gratuita nacional 018000510903 Publicidad: Caracol Unidad de Medios: 4232300 ext. 1290 - 1565 www.elespectador.com

Cartas de los lectores

De Ecopetrol a Ecoenergía

Acierta su editorial del 14 de febrero, titulado “De Ecopetrol a Ecoenergía”, cuando afirma que “el futuro a corto plazo de (la empresa) tiene que ser eléctrico” y subraya que, para garantizar la continuidad de sus cuantiosos aportes fiscales al Estado, Ecopetrol debe convertirse en una compañía de energías limpias antes que dedicarse a “buscar más petróleo”.

Pero esa es, cabalmente, la actividad prioritaria del presidente de Ecopetrol, Felipe Bayón, a juzgar por el contrato que firmó el pasado día de Navidad (¿o noche?) con la Agencia Nacional de Hidrocarburos (ANH), con el objeto de desarrollar el primer Proyecto Piloto de Investigación Integral (PPI) sobre fracturamiento hidráulico (*fracking*), el cual sería adelantado por una empresa de propiedad mixta que pretende su aprovechamiento comercial, según afirma Juan Pablo Ruiz en su columna de *El Espectador* del 6 de enero de 2021.

¡Vaya! ¿Se planea, de paso, contrariar la decisión del Consejo de Estado que solo asigna una función investigativa, no comercial, a tales Proyectos Piloto?

Pero los astros no están alineados con el *fracking*, señor Bayón. Eventos como el Acuerdo de París —suscrito por Colombia y al que regresó EE. UU. con Joseph Biden—, por el cual los países firmantes se comprometen a desarrollar fuentes alternativas de energía limpia para 2030, los avances de China en lo relacionado con fuentes alternativas de energía y el Pacto Verde en la Unión Europea presionan una caída del empleo de combustibles fósiles. Se considera que el pico mundial de la demanda de petróleo ocurrirá antes de 2030 y a partir de ahí se vivirá una constante caída de su precio, que paralizaría los pozos de *fracking* en EE. UU., Argentina y los proyectados en Colombia.

Por su parte, José Fernando Isaza, exministro y expresidente de Ecopetrol, en su columna de *El Espectador* titulada “La amenaza del *fracking* para los acuíferos del país” (2020), afirma que “el proceso de fracturación hidráulica es altamente consumidor de agua (...). La Agencia de Protección Ambiental de los Estados Unidos señala que en una muestra de 19.616 pozos de petróleo no convencional el consumo promedio por pozo fue de 4,3 millones de litros, con valores máximos de 22,9 millones de litros. El agua utilizada vuelve a la superficie, otra se inyecta y la que no se inyecta al esparcirse en la superficie penetra, contaminando los acuíferos superficiales y los de baja profundidad...”.

Ante el cuadro apocalíptico que presenta el *fracking*, no deja de ser buena noticia, como dicen ustedes, la oferta que hizo Ecopetrol para adquirir ISA, como quiera que se trata de un paso adelante en la reconversión de Ecopetrol en empresa de energía, ahora que Joseph Biden anuncia una política de protección a las inversiones verdes y “mucho atención y dinero se ha gastado en encontrar nuevos pozos de petróleo y en fomentar el *fracking*”, como dice su editorial.

Samuel Camargo Hidalgo.
Ingeniero, UN.

Envíe sus cartas a lector@elespectador.com